

## ¿Por qué necesitamos una Comisión de Reconciliación Nacional?

Francisco Rodríguez<sup>1</sup>

Creo que no soy la única persona para la cual levantarme la mañana del 15 de abril fue extremadamente difícil. La idea de salir a la calle en un país que parece haber sistemáticamente comenzado a autodestruirse, después de un fin de semana de desbordamiento de todas nuestras agresiones y de toda nuestra violencia, es tremendamente desesperanzadora para el que alguna vez se planteó la misión de hacer país. La metáfora de la marea que sube a destruir el castillo de arena al que le hemos dedicado el atardecer sería apropiada si no fuese porque la arena no se nos escapa de las manos manchada de sangre.

Es evidente que necesitamos una Comisión por la Verdad, y es irresponsable atribuir culpabilidad antes de un esfuerzo serio por investigar y comprender quienes son los verdaderos responsables materiales e intelectuales de las muertes sucedidas entre el 11 y el 14 de abril. Esto aplica tanto para las palabras de voceros del gobierno como de la oposición, y aplica asimismo al que escribe este artículo, quien se apresuró a establecer responsabilidad sobre la base de las primeras imágenes e informaciones recibidas.

La necesaria atribución de responsabilidades penales asociadas a los crímenes de esta semana es una tarea fundamental que debe cumplir cualquier investigación que se inicie en este momento. Pero tal vez la forma más importante de mostrar nuestro respeto y nuestro duelo por los venezolanos y venezolanas fallecidas en esos días es dirigiendo todo nuestro esfuerzo a asegurar que ello nunca más vuelva a pasar en nuestro país. Esto requiere que podamos comprender cómo fue que llegamos aquí y qué acciones tomamos para desembocar en una situación en la cual venezolanos matasen venezolanos.

La realidad con la cual inevitablemente nos encontraremos cuando comencemos a hacernos esta pregunta es que las responsabilidades son mucho más amplias de lo que creemos. El clima de violencia que se generó en Venezuela no salió de la nada. La responsabilidad de las muertes no recae solamente sobre el que dispara, ni sobre el que ordena disparar, porque nadie le dispara a una manifestación en medio de un vacío histórico o social. Los que dispararon pertenecen a una sociedad marcada por la agresión entre clases sociales y grupos políticos, agresión que ha sido creada por nosotros mismos al participar día a día en esta escalada de hostigamiento verbal.

### No sólo palabras

No sería suficiente, en este sentido, que el Presidente de la República no haya dado la orden de disparar ni que se demuestre que el gobierno no repartió armas entre los círculos bolivarianos. El hecho es que las acciones que pudiesen haber llevado ciertos grupos partidarios del gobierno se vieron alentadas por un discurso político a menudo marcado por palabras y frases que insinuaban la necesidad del uso de la violencia. Cuando el Presidente de la República pronuncia un discurso el pasado 17 de diciembre frente a una manifestación multitudinaria en la Avenida Bolívar, la cual tenía por objeto juramentar 20 mil círculos bolivarianos, y exclama que “nosotros defenderemos esta revolución como sea y contra quien sea y de la manera que sea,” sus palabras tienen un efecto concreto sobre los

---

<sup>1</sup> Economista.

componentes más radicales de esos grupos, los cuales las interpretaron como un llamado a la confrontación violenta y a la defensa armada de la revolución.

Efectos similares producen las palabras o consignas políticas que desprecian y denigran a los adversarios. El uso de palabras como “escuálidos” o “afligidos” para calificar a opositores políticos tiene el particular efecto de ofender a los opositores al mismo tiempo que hacen sentir a los partidarios en una posición de superioridad. Pronunciadas dentro de un clima de elevadas tensiones sociales, estas palabras pueden fácilmente servir como incitaciones a la violencia tanto de parte de partidarios como de adversarios. Su efecto más importante es el de rebajar la dignidad humana de personas que sostienen ciertos puntos de vista, al mismo tiempo que permiten que los partidarios consideren que se están oponiendo a adversarios que son algo menos que humanos, abriendo el espacio para que infieran que se les puede insultar, golpear o disparar como si no se estuviese tratando con una persona.

Si esta violencia verbal fuese el monopolio de un solo grupo, la atribución de responsabilidades tal vez fuese más fácil. Pero la Venezuela que llegó al 11 de abril era un país marcado por su uso tanto por partidarios como por adversarios del Presidente. Es en este sentido que la responsabilidad es mucho más compleja y abarca a muchas más personas que lo que puede develar una simple investigación jurídica.

Pensemos, por ejemplo, en el efecto particular que puede tener sobre un clima de conflictividad social como el venezolano el que un diario nacional decida titular una de sus ediciones con la frase “El loco se va”, como de hecho lo hizo el diario *Así es la Noticia*. Lo más importante de esta alusión al Presidente de la República no es que ella suponga que él está loco (lo cual no ha sido establecido por ninguna junta médica, y, aún si lo hubiese sido, constituiría una forma particularmente ofensiva y lesiva de la dignidad humana de referirse al estado mental de una persona). Lo más importante es que el uso de un adjetivo denigrante en contra del Presidente de la República se convierte en la extensión de ese adjetivo a todos los que creen en el Presidente, en sus ideales, en sus palabras y en su persona. Dado que el periódico está elaborando un diagnóstico implícito de salud mental con exclusiva referencia a las actuaciones públicas del Presidente de la República, lo está al mismo tiempo haciendo extensivo a todas las personas que sobre las bases de esas mismas actuaciones públicas creen profunda y sinceramente en el Presidente Chávez.

O pensemos por el momento, por ejemplo, en el efecto que puede tener sobre sus lectores la siguiente descripción que hace Ibsen Martínez del grupo de manifestantes que se congregó en las afueras del diario *El Nacional* el 8 de enero de este año: “Un pelotón de derrelictos humanos, reclutado ahí a la vuelta, probablemente entre las esquinas de Quebrado y Pescador, instigado groseramente por funcionarios de quinto escalón”

No quiero discutir lo acertada o no que puede ser esta descripción de los manifestantes. Lo que deseo es argumentar que una descripción de este tipo no es una simple expresión de ideas: el uso de estas palabras tiene efectos concretos. Tiene el efecto de ofender a las personas que estuvieron presentes en esa manifestación, y de exacerbar la rabia y desprecio que ellos puedan haber tenido por los periodistas. Tiene el efecto de ofender a los que compartían la idea de los manifestantes en cuanto a que los medios de comunicación venezolanos no estaban transmitiendo las noticias de forma imparcial. Y también tiene el efecto de colocar en un grado de superioridad moral al antichavista cuyo odio tuvo la oportunidad de salir a relucir eventos como la detención del Ministro Rodríguez Chacín y del diputado Tarek William Saab, quienes recibieron el tratamiento

que muchos de sus vecinos deben haber considerado apropiado para un “derrelicto humano”.

Las palabras utilizadas en discurso público no son sólo palabras: también son acciones. El uso del lenguaje divisivo refuerza y acentúa las divisiones existentes en la sociedad; en este sentido tiene efectos reales. “La desigualdad social se crea sustancialmente y se mantiene – eso es, se *hace* – a través de palabras e imágenes. La jerarquía social no puede y de hecho no existe sin estar inmersa en significados y expresada a través de la comunicación (...) La elevación y la denigración todas son logradas a través de símbolos con significado y actos comunicativos en los cuales decir algo es hacerlo.”<sup>2</sup>

La escogencia de ejemplos que he hecho no es casual. Explícitamente he decidido referirme a tres personas con las cuales he tenido la oportunidad de conversar, por quienes guardo un profundo respeto y que creo que quieren a su país y desean que éste viva en paz. No busco demostrar que ellos son personas violentas. Busco demostrar que aún personas pacíficas pueden terminar contribuyendo a través de sus palabras a un clima de violencia como el que vivimos en los últimos días.

### Reconciliación

La tarea principal de una Comisión de Reconciliación Nacional es buscar sanear las heridas que ha producido este violento conflicto entre venezolanos. El hecho es que Venezuela nunca será capaz de hacer la transición del estado de violencia en el que hemos comenzado a vivir hacia un estado que se caracterice por una cultura de respeto hacia los derechos humanos si no entendemos como nación qué fue lo que pasó y cómo todos contribuimos a llegar aquí. Las tareas y formas de operar de una Comisión de Reconciliación Nacional son a veces distintas de las de las investigaciones que buscan establecer responsabilidades. Cuando Sudáfrica se planteó la pregunta de cómo reconstruir una nación violentada por el *apartheid*, su Comisión por la Verdad y la Reconciliación, dirigida por el arzobispo Desmond Tutu, tomó la decisión de otorgarle una amnistía a aquellos que confesasen pública y abiertamente sus crímenes y ofreciesen la información necesaria para descubrir crímenes relacionados. Las confesiones, en las cuales los culpables muchas veces tenían que exponer sus crímenes no sólo frente a las familias de las víctimas sino también frente a sus propias familias y comunidad, formaron un ingrediente fundamental de que el país no se desintegrara después del fin del régimen de divisiones raciales.

Si hay algo que los eventos sucedidos entre el 11 y el 15 de abril pusieron de manifiesto es que Venezuela está hoy conformada por dos países. Nuestro principal adversario en la tarea de reconstrucción del país es la negación sistemática de las divisiones existentes. La tarea básica para que seamos capaces de lograr una reconciliación nacional es la comprensión por cada uno de nosotros de que todos somos venezolanos y que sólo tenemos una nación en la cual convivir.

---

<sup>2</sup> MacKinnon, Catherine A. (1993) *Only Words*, Harvard University Press, p. 12.